

Luchar y Amar

Pablo: el misionero

Anselm Grün



Pablo: el misionero

De ningún apóstol nos ofrece Lucas un cuadro tan detallado como de Pablo. Además, por las propias cartas de Pablo conocemos no sólo su teología, sino también su personalidad. Pablo creció en Tarso, una ciudad de cultura griega, donde se daban cita las más diversas religiones. Pablo fue educado en la filosofía griega y en la retórica. Conocía el griego, el hebreo y el latín. Ya de joven fue a Jerusalén para ser discípulo de Gamaliel, un fariseo de tendencia moderada. Es de suponer que estaría en una especie de internado, donde fue instruido y adoctrinado en la enseñanza farisea. Y llegó a ser un celoso defensor de la Ley. Puede afirmar de sí mismo: «Aventajaba dentro del judaísmo a muchos compatriotas de mi edad como fanático partidario de las tradiciones de mis antepasados» (Gal 1,14). Desde un punto de vista psicológico, se podría decir que Pablo tenía una estructura rígida. Necesitaba normas claras en las que él pudiera sustentarse. Para él, que había crecido en una sociedad multicultural, estos principios firmes eran probablemente importantes para no hundirse en el relativismo. Pero entonces tropieza Pablo con el nuevo camino que propagaban los cristianos, sobre todo Esteban, que aparece como representante de los judeo-cristianos helenistas. Esteban predicaba la libertad de la Ley. Estaba fascinado por la libertad que en Jesús había experimentado. Pablo persigue esta orientación hasta el derramamiento de sangre. Evidentemente, algo de esta enseñanza había tocado su corazón. De lo contrario no hubiera perseguido a la Iglesia primitiva con tanta vehemencia. Tiene lugar, sin embargo, el acontecimiento que transformaría completamente su vida.

Lucas narra la historia de la conversión de Pablo por tres veces. En la primera describe por su cuenta lo acontecido a las puertas de Damasco. Después deja que Pablo relate su propia conversión, primero en un discurso ante sus correligionarios judíos (He 22,1-21) y luego en un discurso ante el rey Agripa y el gobernador romano Festo (He 26). En estos términos describe Lucas el momento en que Saulo se vio envuelto ante Damasco en una luz resplandeciente: «Cayó a tierra y oyó una voz que decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (He 9,4). Cuando Saulo pregunta quién es aquel que le habla, le responde Jesús: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (He 9,5). Cuando Saulo se levanta y abre los ojos, «no veía nada» (He 9,8). Se había quedado ciego. Todo su plan de vida se vino abajo. El cayó a tierra y se eclipsó su imagen de Dios, de sí mismo y de su vida entera. Un monje interpretó así esta experiencia: «Cuando Pablo no vio nada, entonces vio a Dios». Cuando desaparecieron de él todas las imágenes que se había formado de Dios, quedó libre para ver al verdadero Dios. En la oscuridad se le reveló el Dios de Jesucristo. Ahora se convierte Pablo en el mayor apóstol de la Iglesia primitiva. Lo que antes había perseguido, ahora lo predica con pasión. Pasa a ser el apóstol de la libertad. Ha reconocido que él, por sí mismo, no se puede hacer justo; que toda la observancia de los mandamientos no le acerca más al verdadero Dios. El misterio de Dios se le ha desvelado en Jesucristo, que nos abre los ojos a la auténtica realidad, a la luz de Dios, que resplandece para nosotros en Cristo. Pero Pablo sigue siendo el de antes, incluso después de su conversión. Su temperamento apasionado, su parte respondona y agresiva, su estructura inflexible, marcan también al convertido. No obstante, Pablo procede ahora de otra manera con su apasionamiento. No lo utiliza ya para destrozarse la vida, sino para

Luchar y Amar



Pablo: el misionero

Anselm Grün

hacerla más agradable. Como antes había combatido apasionadamente contra los cristianos, ahora lo hace contra todos los que tergiversan el Evangelio. Sobre sus adversarios escribe a los Galatas en el colmo de su irritación: «¡Más valiera que se mutilaran del todo esos que os perturban!» (Gal 5,12).

Pablo podía escribir de manera muy convincente, lleno de fuerza y pasión y, además, con claridad e impresionante expresividad. Pero no hay duda de que en el cara a cara se mostraba más bien débil. Su nombre «Paulus» significa «el pequeño». Todo hace pensar que era pequeño de estatura, y quizá algo encorvado. Padecía también una extraña enfermedad. Heinrich Schlier piensa que pudo ser epiléptico. A los Gálatas les describe su enfermedad en estos términos: «Ya sabéis que fue una enfermedad la que me dio la oportunidad de anunciaros el evangelio por primera vez. Y aunque mi enfermedad fue una dura prueba para vosotros, no me despreciasteis ni me rechazasteis, sino que me acogisteis como si fuera un mensajero de Dios, como si del mismo Cristo se tratara» (Gal 4,13-14). Literalmente se dice: «No me escupisteis». Escupir era un gesto de rechazo frente a enfermedades del espíritu, como la locura y la epilepsia. Es obvio que a Pablo le atormentaba aquella enfermedad. Quizá la contrajo a raíz de la lapidación que tuvo que sufrir o a raíz de otros muchos castigos que recibió en el servicio de la predicación. Cualquiera que sea el modo en que se interprete la enfermedad de Pablo, no hay duda de que el apóstol era, de cara al exterior, no el hombre seguro que se sitúa por encima de todo, sino alguien que sufre en su interior. Rogó a Dios que le librara de aquella espina de su enfermedad, interpretada por él como un ser abofeteado por un agente de Satanás. «He rogado tres veces al Señor para que apartase de mí a ese agente de Satanás, y otras tantas me ha dicho: Te basta mi gracia, ya que la fuerza se hace patente en la debilidad» (2Cor 12,8-9).

Lo que Pablo percibió en el encuentro con Jesús fue que, gracias a Jesús, estamos, ya justificados y que, consiguientemente, no tenemos que justificarnos con el cumplimiento de los muchos preceptos. Estamos ya justificados. Somos ya aceptados y amados sin condiciones. No tenemos ya que probar nuestros méritos. La cruz de Jesús fue para Pablo la convalidación de sus normas religiosas y de su camino espiritual, según el cual él tenía que ganar el amor de Dios a base del cumplimiento escrupuloso de los mandamientos. En la cruz de Jesús percibió él la libertad que Jesús le había traído, la libertad de todos los esfuerzos convulsivos por una vida recta, la libertad de todo anhelo de reconocimiento y amor. La cruz es la experiencia de un amor incondicional. Dios nos acepta tal y como somos. Esto es lo que Pablo percibió en la cruz de Jesús. De ahí que luchara tan apasionadamente por esta idea. Ella había cambiado su vida. Le había liberado de su empecinamiento, de su miedo a no ser lo suficientemente bueno.

Pero Pablo no fue sólo, entre los apóstoles, el teólogo que anunció el mensaje de Jesús en la lengua de la cultura helenística del momento, haciéndolo así comprensible y atractivo para un amplio ámbito del Imperio romano. Pablo es también el místico, que ha experimentado personalmente a Cristo. «Estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí. Ahora, en mi vida mortal, vivo creyendo en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (Gal 2,19-20). La cruz canceló su mundo conceptual, marcado por la búsqueda constante de hacer todo correctamente ante Dios. Todo esto no es ya importante. Lo decisivo es que Jesucristo le ama sin condiciones. En la cruz se ha hecho patente esa aceptación sin condiciones. Lo que importa ahora es que este Jesús vive dentro de él. Pablo encontró en Jesús una nueva identidad. No se definirá ya desde el hombre, desde su valía y su

Luchar y Amar



Pablo: el misionero

Anselm Grün

entrega, sino desde Jesús. Él ha llegado a ser plenamente él mismo. El apóstol experimenta a Jesús como el centro de su interioridad. Ha llegado a ser uno con Jesús.

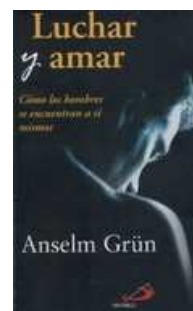
Este camino hacia la interioridad, en medio de toda lucha exterior, es una maravillosa imagen para expresar la autorrealización de la masculinidad. Pablo no es un místico que se retire del mundo. Al contrario, se sumerge en ese mundo. Pablo recorre el mundo entero. Los exegetas han calculado que hizo unos 16.000 kilómetros a pie y en barco. Se expuso en público. Luchó y buscó la confrontación. Fue arrestado en bastantes ocasiones o fue expulsado. No tuvo una vida tranquila. El mismo señala los peligros internos y externos por los que pasó: «Los aventajo en fatigas, en prisiones, no digamos en palizas y en las muchas veces que he estado en peligro de muerte. Cinco veces he recibido de los judíos los treinta y nueve golpes de rigor; tres veces he sido azotado con varas, una vez apedreado, tres veces he naufragado; he pasado un día y una noche a la deriva en alta mar. Los viajes han sido incontables; con peligros al cruzar los ríos, peligros provenientes de salteadores, de mis propios compatriotas, de paganos; peligros en la ciudad, en despoblado, en el mar; peligros por parte de falsos hermanos» (2Cor 11,23-26). Pablo compaginó lucha y contemplación, mística y política. Afrontó virilmente los peligros que le acarrea su entrega a la joven Iglesia. Se adentró sin miedo en situaciones que pudieron costarle la vida. Sin embargo, en medio de toda su actividad, se mantuvo en su centro. Constantemente estuvo en contacto con el «Cristo dentro de él». Este Cristo fue el auténtico móvil de toda su vida. Estaba en su corazón. Desde este centro, se dirigía hacia fuera. De esta fuente interior brotaba su acción.

Pablo es el típico misionero que, impulsado por una gran conciencia de misión, recorre todo el mundo entonces conocido y se expone a los más variados peligros. Misioneros son los hombres que se sienten enviados. Despliegan con frecuencia una gran fuerza de persuasión para convencer a los demás del mensaje que transmiten. Es una fuerza que impregna toda su vida. No reparan en dificultades ante el cumplimiento de su misión. Parecen tener a veces una fuente casi ilimitada de fortaleza. Pero también este arquetipo encierra sus peligros. Cuando alguien se dirige a mí diciendo tener conciencia de envío misionero, me siento preocupado. Conozco a hombres que creen tener que convertir a todo el mundo. Pero cuando llego a conocerlos con más profundidad, saca la impresión de que, sin su ímpetu misionero, no son nada. No tienen apoyo en sí mismos. Se definen sólo por su envío misionero. He de confesar que casi siempre me ponen nervioso. Y llego a la conclusión de que pretenden disimular su propia inseguridad y sus dudas de fe con el intento de convertir a otros a su fe. Detrás de su celo misionero se esconde a menudo el miedo a que su propia fe pueda ser un espejismo. Para eludir este miedo, tienen que convencer de su propio camino a todos aquellos que salen a su paso. El «típico misionero» no acepta como válida mi opinión. Se siente impulsado a aclararme con detalle cómo tengo que creer y a qué movimiento me tengo que apuntar, qué método de meditación debo necesariamente practicar y cómo me he de alimentar. De lo contrario, todo irá de mal a peor. Tales misioneros dejan con frecuencia tras de sí una mala conciencia cuando uno se cierra a su mensaje: No es nada fácil distanciarse de ellos y confiar en el propio instinto.

A pesar de todos los peligros que encierra, este arquetipo del misionero es esencial para nosotros, y precisamente en cuanto hombres. Los hombres necesitan tener una misión en su vida. No están aquí solamente para sentirse a 'gusto y para examinar una y otra vez sus propios sentimientos, observando si van de acuerdo con uno mismo o necesitan atención. Muchos caminos espirituales que hoy se propagan conllevan una cierta dosis de narcisismo.

Luchar y Amar

Pablo: el misionero



Anselm Grün

Dan vueltas siempre y sólo sobré sí mismos. El arquetipo del misionero nos quiere mostrar esto: Tú tienes con tu vida una misión. No has de avasallar a los hombres con un mensaje. Tu misión no consiste sólo en emitir palabras con las que puedas convencer a los demás. Tu misión es sobre todo la de grabar en este mundo tu huella originaria y personal, siendo consciente de que posees una fuerza de irradiación que solamente sale de ti. Si vives tu misión, tu vida será fecunda. Te sentirás vivo, porque de ti brota la vida. La vida permanece viva sólo cuando fluye. La misión es esencial en ti. Es algo que intuyen los hombres leales. Normalmente ellos se sienten impulsados por una conciencia de envío misionero. Cuando se miran en el espejo del gran misionero Pablo, se liberan de los peligros que encierra el arquetipo del misionero y se abren a la misión que Dios les encomienda, a través de la cual su vida se hace fecunda y puede convertirse en fuente de bendición para los demás.

Ser hombres ante la figura de san Pablo significa para mí, en primer lugar, entrar en contacto con mi propia misión. Lo fascinante en Pablo es para mí que, externamente, no responde al modelo típico de hombre. Era pequeño, contrahecho, enfermizo. No cumple con los cánones del modelo parcial de hombre, con los cánones de la «belleza corporal». Su figura física no deja ninguna impresión especial. Pero había en él una fuerza y una resistencia increíbles. Quizá algunos psicólogos actuales le catalogarían dentro del modelo estructural neurótico, como persona inflexible o con susceptibilidad excesiva. Pero esto no impidió a Pablo llevar a cabo su 'misión. El sufrió consigo mismo. Pero no cayó en la autocompasión. Se aceptó tal como era. No llevó a cumplimiento un ideal cualquiera, ni el ideal del típico empresario ni el del típico misionero. El llevó a cabo su misión con su propia persona, tal como era, con todos los rasgos tan poco atractivos físicamente. Puso su piel en venta. Se mostró tal como era, con su enfermedad y con sus defectos físicos. Precisamente así interiorizó lo más exterior y fue capaz de realizar más que los demás apóstoles, la mayoría de los cuales le aventajaban con mucho en masculinidad corporal.

Pablo transformó sus debilidades corporales en fuerza espiritual. Irradiaba tal fuerza y pasión que difícilmente podía, uno sustraerse a ellas. Así era entonces y así sigue siendo todavía hoy, casi dos mil años después. Ante Pablo se: dividen los espíritus. Unos quedan fascinados por él. Otros se escandalizan de él. Pablo dejó fructificar para otros su propia historia vital. Se convirtió. Como él observa, no quedó atrapado en su fanatismo. Al contrario, dejó que todo su proyecto de vida se derrumbara para comenzar a construirla de nuevo desde abajo. Pero él creyó también en la fuerza que Dios le otorgaba. Tenía una resistencia extraordinaria. Medio muerto, él se levanta de nuevo y prosigue su camino. Ni la cárcel, ni las piedras, ni los golpes le impiden continuar su camino de predicación. Es así como este hombre, ridiculizado de muchas maneras, puede echar su mirada atrás y contemplar unos logros que ni todos los sabios del mundo son capaces de registrar en sus libros. Pues Pablo, con todo lo que era, se entregó de lleno a la llamada que sintió dentro de sí.

Esto es lo que para mí significa ser hombre: No la realización de un ideal cualquiera de masculinidad, sino la aceptación, con todo lo que soy y con todo lo que Dios me ha dado, de esa llamada que escucho en mi interior a llegar hasta el límite para descubrir toda la fuerza que se esconde dentro de mí. Conozco cada día a hombres que tienen miedo de hacer demasiado de cara a la galería. Se imponen ciertas restricciones y terminan paralizados. Son incapaces de descubrir toda la fuerza que llevan dentro. Pablo me enseña un camino distinto. Cuando yo llego al límite, Dios me tiende su mano. El es la fuente en la que yo puedo beber. No he de concebir a Dios de manera raquíca y tampoco he de subestimarme a mí mismo,

Luchar y Amar

Pablo: el misionero



Anselm Grün

Conozco mis debilidades y limitaciones. Pablo tuvo que experimentarlas muy dolorosamente. Pero, en lugar de estar siempre dando vueltas en torno a ellas, lo que he de hacer es ponerme en camino con Dios hacia los límites a los que él me conduce, que están mucho más lejos de lo que muchos se imaginan.

Pablo ofrece también a los hombres una posibilidad de identificación que no corresponde al ideal actual de masculinidad. No se trata de estar físicamente sano y vigoroso. Hombres aparentemente endebles despliegan a veces más energía que los sanos. Lo han demostrado los numerosos científicos que no cejan por nada de perseguir su objetivo.

Pablo estaba soltero. Conozco a muchos solteros que han logrado asumir perfectamente su soltería. Pero conozco también a otros que sufren su soledad. Realmente suspiran por una mujer. Pero no se atreven a dirigirse a las mujeres por miedo a aparecer ante ellas como fracasados. Tampoco han conseguido todavía conciliarse con su cuerpo. Al no amar su cuerpo, tampoco pueden creer que una mujer podría amarles. Se encierran así cada vez más en sí mismos. Pablo fue amigo de contactos. No tuvo reparo en acercarse a las personas. Los dos polos de la lucha y el amor los vivió él también como soltero. Luchó por la libertad que Cristo nos trajo. Amó a su comunidad. Y amó a Cristo. Cuando él habla de su relación con Cristo, su lenguaje adquiere una tonalidad erótica. Se advierte que Pablo no era un hombre a medias, sino que, siendo como era, luchó por los hombres, se sentía enviado a ellos. Porque los amaba, porque quería anunciarles el mensaje que lleva a la verdadera vida y a la verdadera libertad, se entregó a ellos con toda su pasión y, en su lucha, consiguió mucho más que otros hombres aparentemente mejor dotados.